

Antón Costas

# El mayor riesgo de la próxima década

Conocer los riesgos a los que nos enfrentamos nos hace ser más prudentes y actuar para evitarlos? Parece lógico que así sea, pero no estoy muy seguro.

La naturaleza humana tiende a utilizar un pensamiento mágico que nos lleva a creer que si no pensamos en los riesgos, no ocurrirán. Es la táctica del avestruz. Los psicólogos tienen un concepto para definir esta ceguera voluntaria. Es el de evitar la “disonancia cognitiva”, que consiste en no querer ver aquellas cosas que nos obligarían a cambiar nuestra conducta o nuestra visión del mundo.

En cualquier caso, cada día es más intensa la presión para que identifiquemos los riesgos. Sucede así con la salud, cuando se nos persuade de la conveniencia de hacer chequeos médicos regulares. Y lo mismo en el campo de la empresa y las finanzas, en el que una regulación cada vez más exigente de buen gobierno corporativo obliga a los administradores a identificar los riesgos que pueden amenazar la vida de la empresa.

No ocurre lo mismo, no obstante, con la vida política. Y, sin embargo, sería muy importante que los gobiernos identificasen los riesgos que amenazan a nuestras sociedades. Algunas instituciones privadas tratan de cubrir esta carencia. Un ejemplo es el estudio *Global risks 2015*, elaborado por el Foro Económico Mundial y patrocinado por la aseguradora Zurich.

El estudio utiliza dos mapas muy ilustrativos. Uno es el de los riesgos, 28, agrupados en cinco categorías: económicos, geopolíticos, medioambientales, tecnológicos y sociales. Otro es el de las tendencias que están detrás de esos riesgos: el envejecimiento, el cambio climático, la urbanización, la desigualdad económica, la polarización social, y así hasta trece tendencias.

Llega a dos resultados muy relevantes. El primero es que el riesgo más probable en la próxima década es el geopolítico. Es

curioso que 25 años después de la caída del muro de Berlín, que, según el celebrado título del libro de Francis Fukuyama, significaba *El fin de la historia*, el conflicto geopolítico vuelva a nuestras vidas, como muestra, entre otros, el caso de Ucrania.

Pero el riesgo más inquietante al que nos enfrentamos es el de la “profunda inestabilidad social”. El lector podrá observar en los mapas como los flujos de interconexión entre los 28 riesgos y las 13 ten-



ÓSCAR ASTROMUJOFF

dencias confluyen en hacer de la estabilidad social el aliviadero adonde van a verter sus consecuencias negativas.

A la hora de buscar respuestas a esos riesgos globales, el informe propone la cooperación, tanto entre naciones como dentro de cada país. Pero en este terreno surge lo que llama “la paradoja” de la estabilidad social. Por un lado, para hacer frente a esos riesgos globales, se necesita estabilidad social, pero, por otra parte, la inestabilidad social mina la confianza y la colaboración necesaria para esa coopera-

ción. Una estabilidad social que está, además, amenazada por el legado que dejan la crisis y las políticas económicas. Un dilema de no fácil salida.

En todo caso, ¿cuál es dentro de nuestras sociedades el grupo más sensible al riesgo de inestabilidad? En mi opinión, los jóvenes. En este sentido, el mayor riesgo de la próxima década es la pobreza de los jóvenes y su carencia de oportunidades.

Hace cien años, en un escenario similar al actual, el riesgo social venía de la pobreza de los mayores. Si una persona tenía la desgracia de perder el empleo, caer enferma o dejar de trabajar –por edad o cualquier otra circunstancia–, se encontraba en la pobreza y la marginación, a no ser que sus hijos pudiesen hacerse cargo de ella.

Ese riesgo de pobreza de los mayores se resolvió después de la Segunda Guerra Mundial mediante la creación de una red de seguros sociales –de paro, de enfermedad y de jubilación–. Fue la mayor innovación social del siglo XX. Y funcionó muy bien. Dio estabilidad social y económica y favoreció el crecimiento y el progreso. Aún hoy nuestras sociedades no tienen un problema de pobreza de los mayores.

El problema de inestabilidad viene ahora del riesgo de pobreza de los niños y jóvenes. No están cubiertos por los esquemas de seguros de los mayores. Las prestaciones de paro no les cubren porque no han trabajado. Y la posibilidad de acceder a una pensión decente es altamente improbable. Y eso sin contar el deterioro de la enseñanza pública, que merma sus oportunidades.

¿Es posible encontrar una solución a este riesgo? A mi juicio, sí. Para ello se necesitan dos cosas. Primero, tomar conciencia de este riesgo y evitar la táctica del avestruz. Segundo, poner en marcha un nuevo sistema de seguros sociales que cubran a los jóvenes. Hay que hacerlo mientras la economía aún puede soportar mecanismos de este tipo. Sería la mayor innovación social del siglo XXI. Ese es el principal reto de la industria aseguradora en la próxima década.●

Pilar Rahola



## ¿Dónde están?

Leo la nota de mi amigo Tomás Alcoverro sobre la destrucción de Homs. Su crónica es un desesperanzado relato de la devastación sin retorno, porque cuando toda esta locura acabe no quedará nada de lo que un día fue. Su patrimonio, su milenaria historia aniquilada por la brutalidad de unos guerreros de Dios que se alimentan en las tripas del diablo. Tomás explica que, en su afán por borrar todo lo que no pertenezca al islam, el Estado Islámico está destruyendo siglos de civilizaciones antiguas. Respecto al presente, su afán por aniquilar la presencia cristiana en Homs –que albergaba a más de 90.000 creyentes antes de la guerra– ha llevado incluso a *decapitar* imágenes de la Virgen, destruir murales y dinamitar iglesias. “Fue desde Siria desde donde se difundió el cristiano”, le explica el arzobispo Andraos Tamer, que asegura que se quedará en Homs a pesar de la muerte de muchos de sus feligreses. Nadie sabe si vivirán un día más, pero han decidido resistir en su ciudad defendiendo su identidad milenaria. Tantos siglos después, los cristianos vuelven a ser mártires por su fe, lo cual nos da una medida precisa de la locura regresiva que estamos viviendo.

## No saben si vivirán otro día más, pero han decidido resistir en la ciudad y defender su fe cristiana

Y si los cristianos son aniquilados por no ser musulmanes, los musulmanes mueren por cualquier motivo, por luchar contra el Daesh, por rechazar el integrista, por ser chiíes, por no doblegarse o sencillamente por estar ahí, en medio del caos. El caso más desesperado, en estos momentos, es del campo de refugiados de Al Yarmuk, a las afueras de Damasco, donde los combates han dejado a miles de palestinos abandonados a su suerte. La Unrwa habla de “situación catastrófica” y explica que no pueden hacer llegar alimentos ni medicinas. Nadie sabe, tampoco, ni cuánto resistirán ni cuántos morirán. Tampoco nadie puede asegurar que Damasco no caiga en manos del Estado Islámico.

El artículo podría continuar el recorrido de la catástrofe y cada ciudad obligaría a una crónica en negro de destrucción y devastación. Mueren personas, caen monumentos, se destruye la vida y la memoria. Y mientras la guerra arrecia y la locura islamista avanza, en Occidente reina el silencio. Especialmente un silencio muy sonoro, porque en otro tiempo albergó grandes ruidos. ¿Dónde están los amantes de las pancartas y el griterío en la calle, ahora que mueren palestinos en manos islamistas, o cristianos por su fe? ¿Por qué no hay manifestaciones?

Quizás porque no son víctimas de los malos clásicos ni son homologables a las causas que les gustan. Es un escándalo de proporciones gigantes el silencio de la progresía ante tanta matanza, como lo es el despiste cósmico que han sufrido ante el avance del islamismo. Todos estos que nos atacaban cuando señalábamos el auge de este totalitarismo y avisábamos del riesgo, ¿dónde se esconden? Se equivocaron tanto, criminalizaron tanto y ahora callan tanto... ¡Shame!●

Carlos Pérez del Valle

# Tortura, ley y moral

El informe del Senado norteamericano sobre la práctica de torturas por parte de la CIA ha reavivado la discusión sobre su prohibición absoluta. Recientemente, *The New York Times* publicaba una entrevista a Jeff McMahan, profesor de Filosofía Moral en Oxford. Sus declaraciones son polémicas, como lo han sido sus planteamientos respecto a la guerra justa y su aplicación a conflictos como el de Oriente Medio; pero es mérito suyo el planteamiento de un debate transparente y sin tapujos. En la entrevista, indica que “la prohibición legal de la tortura debe ser absoluta, para aquellos que consideran que la tortura podría ser ventajosa”, a la vez que sos-

tiene que “puede ser moralmente justificada, e incluso obligatoria, cuando es totalmente defensiva”, lo que sucede si puede “prevenir daños muy graves sobre población inocente”. En estos casos, “sería posible que los tribunales fuesen indulgentes con quienes se han involucrado en una tortura con una clara justificación moral”.

El planteamiento es sugestivo, pero cuestionable. Véase la formulación de McMahan: quien aplica la ley puede ser indulgente con el sujeto que la ha infringido torturando a otro porque ejercía un derecho –o incluso un deber– moral de defensa propia o de terceros. Pero la tortura, en derecho internacional, sólo comprende el maltrato cuando lo comete, instiga o consiente quien ejerce funciones públicas. Cabe así preguntarse si la ley y la moral pueden presentar esta discrepancia: la ley con-

dena al funcionario que tortura mientras la moral lo autoriza, si no lo exige. Es más: como la razón para prohibir la tortura de forma absoluta es –según afirma McMahan– evitar la tentación de explotar la autorización legal para usarla, la ley tendría una función preventiva que no se incumpliría si se excusan las excepciones en las que se constata un contexto estrictamente defensivo.

Pero McMahan olvida que el ejercicio de la defensa implica el deber de soportarla, que afecta a terceros, pero especialmente al agresor. Por tanto, si se fundamenta la excepción en la defensa, no sólo se da un derecho moral a la tortura, sino una autorización de la ley. Así, indulgencia no es excusa, sino aprobación. Y que ello sea compatible con la prohibición general de la tortura no parece aquí comprensible.●